

«Los árboles de Granada», octava y última parte, cierra el volumen. Están dedicados a Manuel de Falla y son una ofrenda del hombre del norte, al hombre, al paisaje del sur, y no puede evitar mirar desde su condición de hombre santanderino: «La Alhambra se disfraza de Cantabria» (p. 197). Gerardo Diego ve al músico no como un sureño sensual, abierto, alegre, sino como un hombre del norte (¿un castellano viejo?): «Manuel de Falla, eremita, / reza, inventa, trabaja / tañe, acendra». (Obsérvese la intensificación de los verbos, la sobriedad y actividad, el verso entero sin nombres ni adjetivos.) El poeta ve la Alhambra llevado por Manuel de Falla. Y la define en la esencia del color: «Toda la Alhambra es un solo verde, / un verde solo de mil colores abolidos» (p. 198). Gerardo Diego mira y admira al maestro. Para él la música es una forma primera o última de poesía, su esencia: «Y yo le miro escudriñando —ritmos, ritmos, ritmos— / su secreto manar de nuevo, esbelta música» (p. 199). Con este poema espléndido, vivido en otra época y escrito desde el recuerdo en 1975, se cierra esta antología varia que muestra la persistencia de Gerardo Diego, su compromiso amoroso con la poesía, la eterna juventud del creacionista, dispuesto a deleitar, a sorprender, a divertir y emocionar con sus versos, a veces sencillos, a veces complicados.

Crítica y poesía

Los críticos mazorrales suelen poner muchos inconvenientes a la crítica escrita por poetas. Para unos no es suficientemente erudita; para los otros carece de solvencia científica. Todavía se piensa que el poeta es un bobo iluminado, incapaz de adquirir una cultura formalista por medio de la universidad, o verdadera, a través del libre albedrío en lecturas de maestros elegidos.

Pedro Salinas, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Dámaso Alonso escriben desde la intuición primaria del poeta, pero también desde la cultura universitaria. Son creadores, sensitivos, y razonables, desde la reflexión sobre su obra y la de los demás. Esta cualidad de poetas inteligentes, que no sólo sienten, sino que también reflexionan, se da como paradigma sobresaliente en la llamada generación de 1927, donde los autores mencionados adquieren cimas en la comprensión de la literatura castellana, donde el espíritu científico no está reñido con un estilo de finura.

Gerardo Diego es un ejemplo de poeta y crítico. Ya en el poeta inquieto —andante de todos los «ismos», malabarista del verso, mago de nuevas metáforas, a veces burlón y festivo— estaba implícito el crítico, que ve la obra, la suya y la de los otros, con una perspectiva. Tempranamente, desde su revista *Carmen* se lanzó al ruedo crítico con ensayos tan arriesgados como «La vuelta a la estrofa»,⁷ donde reflexionaba sobre los horizontes que se le presentan al poeta: «Tres caminos se ofrecen. Para cada obra, su forma única, plena. El verso libre —la verdadera libertad no se priva de nada, ni siquiera de la reverencia a las normas, cuando las encuentra gratas— o sea la estrofa libre. La estrofa vieja. O inventar nuevas estrofas». Estas tres tentaciones tenía Gerardo Diego, tan innovador en los metros como tradicionalista, tan experimentalista en versos y estrofas como cultivador del octosílabo y endecasílabo, del romance y del soneto. Sin embargo

⁷ Véase el número uno de la revista *Carmen*, diciembre de 1927.

ahora, con la perspectiva del tiempo vemos sus mejores logros en las obras tradicionales, ejemplificadas en libros como *Alondra de verdad* y *Angeles de Compostela*. No es casual su alabanza de la estrofa. Sabía que el versolibrismo podía perderse en la más pura y elemental de las prosas. Más adelante, en el número cinco de *Carmen*⁸ escribe: «El lenguaje natural del poeta es el verso. Pero claro está que a veces puede desahogarse en la precipitada, urgente continuidad de la prosa. Así hay el poema en prosa —aunque siempre excepcional, inestable, paradójico— como hay y éste sí que abunda el prosema en verso». Gerardo Diego era vanguardista, pero muy en el fondo clasicista. No comprendía la nueva revolución poética, que los poetas escriban prosa, la destrucción de los límites que vallan los géneros literarios. Conseguir la calidad de página. Ya Valle-Inclán, discípulo de Rubén Darío lo había intentado, en sus *Sonatas*, *El Ruedo Ibérico* o *Tirano Banderas*. Pero sus continuadores serán hispanoamericanos, Miguel Angel Asturias o Carpentier, Lezama Lima o García Márquez. La novela ha dejado de ser extensión, discurso narrativo —Tolstoi o Galdós— para ser intensidad, poesía, Proust o Virginia Woolf.

Gerardo Diego se muestra reformador y tradicionalista en su poesía y conservador en su crítica literaria. Pesan aquí mucho su formación y sus hábitos de profesor. Como ejemplo puede leerse el volumen *Crítica y poesía* que recoge diecinueve estudios literarios, aparecidos con anterioridad en distintas publicaciones como *Revista Escorial*, *Revista de Filología Española*, *Revista de Occidente*, *Boletín de la Real Academia Española*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, etc.

Crítica y poesía recoge las lecturas, los estudios, las devociones de Gerardo Diego. Es sintomático que se inicie con el ensayo «Actualidad poética de Fray Luis de León». Es curioso que la mencionada revista *Carmen*, nacida el mismo año del jubileo gongorino 1927, que da nombre a la generación, dedicase los números 3 y 4 como ofrenda a Fray Luis de León. ¿Era un acto de homenaje al clasicismo, un acto de reparación a la tradicional poesía castellana? ¿El homenaje a Góngora era una dirección del barroquismo andaluz, mientras que los castellanos seguían fieles a sus modelos salmantinos? Todo parecía indicar una vuelta a las raíces castellanas, a la sobriedad, a la pureza clásica. En este homenaje escriben poemas laudatorios García Lorca, Aleixandre, Alberti, Quiroga Plá, Guillén, Larrea, Altolaguirre, G. Diego, Cernuda.

«Actualidad poética de Fray Luis», es el texto de su conferencia leído en el Centro Gallego de Montevideo el 12 de octubre de 1928. «¿Qué queda de un gran poeta al cabo de unos centenares de años?» A esta pregunta responde Gerardo Diego con este estudio de profesor y «profeso» de la poesía. Critica con respeto, comenta con emoción la obra lírica del gran agustino. Se propone actualizarlo. «El clásico es también romántico, y vibra y sufre y goza y se abraza y delira... sin perder nunca la conciencia» (p. 23). Más adelante subraya el paralelismo entre Fray Luis y su generación: «Si Fray Luis viviera, le llamarían un intelectual». Para Gerardo Diego es el más arquitecto y músico de nuestros poetas clásicos. Critica a la generación literaria de 1898, y su sensibilidad pasiva, desparramada y propone la sensibilidad racional, equilibrada de Fray Luis. Sin em-

⁸ Véase en el número cinco de *Carmen* el artículo de Gerardo Diego titulado «Defensa de la poesía».

bargo Gerardo Diego detesta a Horacio y no le convence su «aurea mediocritas», norma quizá de vida burguesa, pero no ideal poético. Define, resume: «La poesía es por naturaleza extremo, música extremada».

Sobre la idea de música insiste en el siguiente ensayo «Música y ritmo en la poesía de San Juan de la Cruz». Ya el título «Cántico espiritual» remite a música celeste, más allá de las esferas del maestro León, en la dimensión de lo inefable. Sin embargo, Gerardo Diego observa que no son muchos los pasajes en que Juan de Jeps alude expresamente a la música humana. Habla de la música de las aves, ríos, bosques, esferas celestes. El santo ama la soledad sonora. También le gustaba la música y le embelesaba el canto, de lo cual se poseen diversos testimonios biográficos. Gerardo Diego medita sobre el misterio de la inspiración poética y su identificación simbólica, erótica y exegética, fusión armónica en la obra del santo. Destaca la calidad poética, la plenitud en la obra de Juan de la Cruz, de forma melodiosa, eurítmica y de fondo, siguiendo el estudio clásico de Dámaso Alonso. *La poesía de San Juan de la Cruz*,⁹ donde se destaca la presencia de los sustantivos y escasez de los adjetivos. Gerardo Diego destaca otros recursos estilísticos del místico como: repetición de palabras, paronomasias, derivaciones o uso de palabras de la misma raíz, retruécanos, etc., por medio de los cuales consigue expresiones primarias, afectivas. Mediante la fonética rítmica y el acento expresa lo indecible, lo que subyace sentimentalmente por debajo de la palabra. A juicio de Gerardo Diego la utilización del acento tanto el obligatorio como el libre es genial y su combinación en un sistema intuitivo le diferencia de todos los demás poetas españoles.

En «Cervantes y la poesía» Gerardo Diego estudia el admitido fracaso de la poesía cervantina en verso, «la gracia que no quiso darme el cielo». Según Gerardo Diego la «naturaleza perfecta del poeta consta de muy complicadas y sutiles y difícilmente acordadas disposiciones del ánimo, del espíritu, de la sensibilidad, del oído y de la lengua». Baste un desarreglo para que la perfección esperada no se cumpla. Para Gerardo Diego, siguiendo la tradición de la crítica, hoy revisable sobre todo en lo referente al teatro, Cervantes no fue el poeta lírico, épico o dramático que se hubiese esperado, considerando su calidad como novelista. El crítico destaca la importancia de la libertad en Cervantes. Ese sentimiento hondo de libertad le permitió crear «la novela como género y la mayor novela como ejemplo». ¿Pudo hacer otro tanto con la poesía? Según Gerardo Diego sí, si le hubiera asistido la gracia deseada, porque si Cervantes fue con toda seguridad un poeta fácil bastante rápido, duro, de oído activo... fue también un poeta arcaico, retrasado, cuyos códigos estéticos, ya periclitados, pertenecían a otra época. Dentro de la poesía de Cervantes, destaca aquella burlesca —recuérdese el famoso soneto del túmulo— ¿Fue Cervantes un gran poeta? se pregunta el crítico y comenta: «Cervantes fue un gran poeta de lo exterior, un paisajista, un marinista» (p. 97).

Dedica dos trabajos a Góngora: «Un escorzo de Góngora» y «Nuevo escorzo de Góngora». En el primero destaca la posición de la crítica tradicional —la de Menéndez Pelayo como ejemplo y la nueva crítica rehabilitadora de los simbolistas franceses y los

⁹ Dámaso Alonso, *La poesía de San Juan de la Cruz*, C.S.I.C., Madrid, 1942; Aguilar, 1958 y reimpressiones.